

JAVIER PALAO GIL

FERNANDO EL CATÓLICO

LA FORMACIÓN DE UN PRÍNCIPE. FERNANDO II DE ARAGÓN
Y V DE CASTILLA. CREANDO UN IMPERIO. EL FINAL DEL
ISLAM EN ESPAÑA, EL INICIO DE ESPAÑA EN AMÉRICA.
REYES CATÓLICOS FRENTE A REY CRISTIANÍSIMO Y
PAPAS REYES. LA OBRA DE FERNANDO EN LOS REINOS
ARAGONESES. LA CRISIS DE LA MONARQUÍA. EL HOMBRE.
EL POLÍTICO MAQUIAVÉLICO.

FLASHBACK



«A él se lo debemos todo», decía Felipe II de su abuelo Fernando; y Maquiavelo, que lo propuso como modelo de Príncipe Renacentista, añadía: «Sus obras son todas grandes, y algunas extraordinarias». Desde sus orígenes en Aragón, la vida de este Rey Católico, decidido a unificar sus reinos tanto como la fe de sus súbditos, se presenta con los tintes de un estadista moderno, creador de un nuevo concepto de absolutismo frente al estado feudal, de instituciones distintas, de un ejército renovado... Una biografía del esposo de la más famosa reina de Castilla y del más brillante de los monarcas de su época.

INTRODUCCIÓN

Cuenta Baltasar Gracián en su *El político don Fernando el Católico*, que Felipe II solía entretenerse largo rato contemplando los retratos de quien fue su bisabuelo, "haciendo cortesía" de ellos; y al acabar, comentaba: «A este lo debemos todo». No cabía mayor elogio, teniendo en cuenta la personalidad y la figura de quien lo hacía. En 1580, España acababa de culminar un proceso de unificación plurisecular gracias a la incorporación de Portugal a los Estados de Felipe II. En aquel año se unían dos imperios gigantescos, y medio mundo se sometía al rey español. Desde la cima de su poder, sin embargo, era capaz de reconocer con humildad la obra de quien había puesto los cimientos de esa grandeza.

Porque durante el reinado de Fernando el Católico se construyen las bases de la monarquía hispánica, el ente político que sacó a la península Ibérica de la Edad Media y supo canalizar el enorme vigor que acumulaban sus gentes y sus tierras hacia empresas hasta entonces impensables. La lista de proezas que acumulan las Coronas unidas de Castilla y Aragón en apenas cuarenta años es larga: conquista de Granada, de Nápoles, de Navarra, del norte de África. Descubrimiento de América; reorganización y modernización del Estado, de su ejército, su burocracia, su Hacienda; desempeño de una política internacional y diplomática extraordinaria, que conduce a la conclusión de tratados y alianzas con la mayoría de países del occidente europeo. Aislamiento y derrota de Francia, el gran rival en la lucha

por la hegemonía; uniformización religiosa, con la expulsión de los judíos, la conversión forzosa de los mudejares y el establecimiento de la Inquisición. La misma unión de Aragón y Castilla debió mucho a la inteligencia y el trabajo de Fernando el Católico... No pretendo hacer ahora una relación completa de toda esta actividad, ya que puede seguirse en las páginas que vienen a continuación. Pero conviene reparar en las razones que alientan un libro como este, máxime cuando se va a unir a una colección en la que figuran personajes como Augusto o Carlomagno. A todos ellos les unen los mismos anhelos, los mismos objetivos: la construcción de un Estado poderoso, el reforzamiento del poder real, el desarrollo de una política hegemónica.

Hernando del Pulgar, seguramente el cronista castellano que mejor recogió en su tiempo la vida de los Reyes Católicos, nos ha dejado un magnífico retrato físico y psicológico de Fernando V de Castilla y II de Aragón: «Este rey era ome de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, e en las façones de su rostro bien conpuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos e llanos; ome bien conplisionado. Tenía la habla igual, ni presurosa ni mucho espaçiosa. Era de buen entendimiento, muy templado en su comer e beber, e en los movimientos de su persona, porque ni la ira ni el plazer facía en él grand alteración. Cabalgaba muy bien a cavallo, en silla de la guisa e de la gineta; justaba, tirava lança e fazía todas las cosas que ome debe hazer, tan sueltamente e con tanta destreza, que ninguno en todos sus reynos lo fazía mejor. Era gran caçador de aves, ome de buen esfuerço, e gran trabajador en las guerras. De su natural condiçión era muy inclinado a hazer justiçia, y también era piadoso, e compadeçíase de los miserables que veía en alguna angustia. Tenía una graçia singular: que qualquier que con él hablase, luego le amava e deseava servir, porque tenía la comunicación muy amigable. E era asimesmo remitido a consejo, en espeçial de la Reina su muger, porque coñoçía su gran suficiençia e discreçión (...) No podemos de-

zir que hera franco (...) E como quiera que amava mucho a la Reina su muger, pero dávase a otras mugeres». Este es el retrato de quien sin duda ha sido uno de los más grandes políticos de la historia de España. Pocos casos se encontrarán de una tenacidad y una constancia como las suyas, puestas al servicio de un plan de gobierno perfectamente concebido. Para lograrlo hubo de sacrificar muchas cosas y desarrollar cualidades poco loables: fue un rey egoísta, como lo fueron los grandes monarcas de su tiempo; frugal hasta rayar en la cicatería; ingrato con algunos de sus más grandes colaboradores; circunspecto y poco dado a la franqueza.

Con sus luces y sus sombras —que las hubo, por supuesto—, Fernando el Católico ofrece un perfil vital apasionante, incluso novelesco en algunos momentos. Mas no cabe buscar aquí una novela histórica. En la medida en que lo permite la brevedad requerida por las obras de divulgación, he tratado de recoger, con el rigor que se le exige al historiador, los principales sucesos y hechos que jalonan la vida del Rey Católico. Y no solo eso: también encontrará el lector diversas reconstrucciones de lo que fue la España de Fernando e Isabel. A menudo no puede entenderse la actitud y el comportamiento del personaje sin situarlo en el escenario adecuado y sin ofrecer una explicación de él. La estrecha relación de Fernando el Católico con Cataluña, por ejemplo, se comprende mejor desde la perspectiva de la guerra iniciada en 1462 y de las causas que la motivaron. Otra aclaración pertinente se refiere a las numerosas alusiones que el texto hace a la figura conjunta de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, sobre todo en la segunda parte. A este respecto, debe tenerse en cuenta que la gobernación de Castilla correspondió a ambos por igual. Y que, como muchos historiadores han reseñado, la documentación de la época no permite establecer distinciones entre las actuaciones de uno y otro, seguramente porque no las hubo. La simbiosis en las tareas de gobierno fue casi perfecta, co-

mo el entendimiento y el cariño que se profesaron ambos monarcas. Solo a partir de la muerte de Isabel, en 1504, surge con nitidez la figura de Fernando el Católico, con sus defectos y virtudes, con su propio estilo de conducir los asuntos del Estado.

1

LA FORMACIÓN DE UN PRÍNCIPE

La península Ibérica en el siglo xv

A mediados del siglo xv, en Europa, el Estado y la sociedad, la economía y la cultura comenzaban a experimentar las primeras transformaciones que anticipaban los tiempos modernos. Las viejas estructuras feudales se desmoronaban, dejando paso a las manifestaciones iniciales de formas autoritarias del gobierno monárquico. El crecimiento mercantil del continente impulsaba a la creación y desarrollo de nuevos mercados, que los portugueses buscaron navegando hacia Oriente, hacia la India. La burguesía, cada vez más rica y poderosa, dominaba las ciudades y ya no temía enfrentarse a la nobleza. Uno de sus miembros, el patricio de Maguncia Johann Gutenberg, creaba entre 1440 y 1445 la imprenta de tipos móviles con la que revolucionaba el mundo de la literatura, de la educación, de la cultura al fin. Es una época, también, de inquietud religiosa, que precede a la Reforma. En las artes, los estilos renacentistas que provenían de Italia pugnan con las manifestaciones tardías del gótico. Mientras, en Oriente, la caída de Constantinopla y el auge del Imperio otomano traían a Europa otra vez la amenaza de un Islam renacido.

La península Ibérica no era una excepción en este panorama. Cinco reinos, cinco Coronas distintas, se repartían las

tierras hispanas. Al oeste, el reino de Portugal vivía tiempos de esplendor de la mano de los soberanos de la casa de Avis. Juan I y sus hijos consolidaron la monarquía y aprovecharon su pujanza para embarcarla en la aventura de la navegación transoceánica por las costas de África. Madeira, Azores, Cabo Verde y Senegal serán los hitos iniciales de la primera escuela naval del mundo, la creada en Sagres por el infante don Enrique el Navegante. La Corona de Castilla, sin embargo, vivía momentos de zozobra e incertidumbre. La falta de carácter de sus reyes, sobre todo Juan II y Enrique IV, había dado alas a la levantisca nobleza castellana y creado innumerables problemas de orden público: bandidaje, guerras entre partidos y linajes rivales, inseguridad... El largo enfrentamiento entre Álvaro de Luna, valido de Juan II, y buena parte de la alta nobleza congregada en torno a los llamados *infantes de Aragón* —los hijos de Fernando I— había sumido a la Corona en la anarquía y la había dejado sin fuerzas para acometer otras empresas.

En Aragón reinaba desde 1412 la misma dinastía que en Castilla: los Trastámara. Tras la muerte sin sucesión de Martín I el Humano, último monarca de la casa condal de Barcelona, los compromisarios reunidos en Caspe habían otorgado la corona al infante castellano Fernando, hijo de Juan I, llamado "el de Antequera" por su participación en la conquista de dicha ciudad. El breve reinado de Fernando I dio paso al mucho más largo de Alfonso V el Magnánimo, marcado por la atención preferente a los intereses de Aragón en Italia. El rey pacificó Cerdeña y, tras diversas campañas militares, ocupó el trono de Nápoles hasta su muerte, acaecida en 1458. La brillantez de la política italiana contrasta con la inquietud en sus Estados patrimoniales, donde la revuelta *forana* en Mallorca o la agitación de los campesinos remensas en Cataluña eran indicios de una peligrosa inestabilidad.

Por último, dos pequeños reinos quedaban insertos entre los anteriores. Al norte, Navarra, constreñida por la ve-

ciudad de las Coronas castellana y aragonesa, carecía de posibilidades de expansión. Por eso, desde mediados del siglo XIII, sus reyes entroncan con casas nobiliarias francesas —Champagne, Evreux o la real de los Valois— e intervienen en los asuntos del norte. No es de extrañar, pues, que Navarra y su destino constituyan un elemento de fricción entre Francia y las monarquías castellana y aragonesa, recelosas del poder y la influencia de aquella más allá de los Pirineos.

En Granada, la muerte del longevo Mohamed V en 1391 abrió un periodo de inestabilidad y de guerras intestinas entre los reyes nazaríes y los linajes nobiliarios, como el de los Abencerrajes. Hasta 1464, once emires se sentarían en el trono, en una sucesión de conspiraciones, asesinatos y destierros que debilitaron el reino. No obstante, la falta de concierto entre los monarcas castellanos, la nobleza y las ciudades facilitó una pervivencia cómoda del último bastión del Islam en la Península. Amparado siempre en un ejército numeroso y en la seguridad que proporcionaba el pago de las parias o impuestos al rey de Castilla, el sultanato nazarí se inmiscuyó, cuando pudo, en los asuntos de sus vecinos cristianos y les hizo la guerra de manera intermitente. Las fronteras apenas se movieron en dos siglos y medio; pero la expansión otomana en el Mediterráneo oriental comenzó a arrojar sombras sobre el porvenir de Granada, que, al fin y al cabo, siempre podía ser la puerta de acceso para un poder musulmán renovado.

En este panorama tan plural, sin embargo, comenzaba a advertirse una tensión hacia la convergencia política de las Coronas peninsulares. La implantación de la casa de Trastámara en Aragón o la tupida red de alianzas matrimoniales entre Portugal, Castilla, Aragón y Navarra a lo largo del siglo XV constituían los cimientos de la futura unión del Solar hispano. Es evidente que la primera mitad de la centuria muestra una mayor interrelación de los itinerarios políticos de los distintos reinos; pero no hay en ello una voluntad

providencial o la plasmación de una pretendida unidad de destino vigente a lo largo de los siglos, desde la caída del reino visigodo de Toledo. También Francia o Inglaterra experimentan procesos de este tipo. Es, de algún modo, el signo de los tiempos políticos. Las grandes monarquías de la Europa occidental se benefician de las fuerzas centrípetas que tienden a la creación de poderes de rango superior. Frente a la atomización y disgregación del poder tan típicas del feudalismo altomedieval, el tránsito a la Edad Moderna alumbrará unas fuerzas políticas —las monarquías absolutas— con un vigor y una solidez como no se habían conocido desde los tiempos de esplendor de Roma. La potestad y la autoridad del rey ya venían robusteciéndose desde siglos atrás, al socaire de las ideas religiosas y las formas políticas que se desarrollan en la Baja Edad Media. Pero ahora el proceso se acelera. Y los reinos peninsulares no podían desentonar respecto a sus vecinos del norte, pues quien fuese capaz de dar una organización más eficiente a sus nuevos recursos habría de dominar el mundo conocido...

Sin duda, la figura que mejor ilustra cuanto hasta aquí se ha apuntado es la de Juan II de Aragón, padre de Fernando el Católico. Hijo segundogénito del rey Fernando I, formó junto a sus hermanos menores Enrique y Pedro el belicoso linaje de los infantes de Aragón, uno de los más formidables partidos nobiliarios de Castilla en la primera mitad del siglo XV. Pese a la denominación que recibieron, todos ellos eran castellanos por su nacimiento y por la casa a la que pertenecían —la de Trastámara—. Don Juan creció a la sombra de su hermano, el rey Alfonso V; y pese a no tener al principio más título que el de duque de Peñafiel, llegó, merced a un esfuerzo continuado y a una tenacidad inquebrantable, a ser el dueño, de un modo u otro, de tres de las Coronas hispánicas.

El entorno familiar y político del príncipe Fernando

En 1420, Juan de Aragón había contraído matrimonio con la infanta Blanca, hija menor de Carlos III de Navarra. La muerte sin hijos de su hermana mayor, Juana, hizo que Blanca accediese al trono navarro en 1425, y, con ella, su marido, ahora rey consorte. Entretanto, había nacido del matrimonio su primer hijo, el infante Carlos, para el que su abuelo había erigido el principado de Viana. Pocos años después, en 1433, Alfonso V entregaba *de facto* la lugartenencia de Aragón y Valencia a su hermano Juan, que se convertía así en regente de la Corona de Aragón y en sucesor tácito de su hermano, pues este, alejado en Nápoles de la reina María, no tendría descendencia legítima. De hecho, Alfonso V dejó en sus manos la política peninsular de los Estados aragoneses para tener las propias libres en los asuntos italianos.

Estos poderes serían utilizados por don Juan, sobre todo, para alimentar sus ambiciones en Castilla. Porque, aunque ya era rey de Navarra y regente de Aragón, sus intereses primordiales estaban centrados en los asuntos castellanos, donde aspiraba a realizar el programa de hegemonía peninsular trazado por los Trastámara. En 1439 asumió el liderazgo de la poderosa Liga nobiliaria castellana, obligando al rey Juan II a solicitar paces y a ceder ante sus peticiones. Un año más tarde casaba a su hija mayor, Blanca, con el heredero de Castilla, el príncipe Enrique. En 1441, por último, sus tropas tomaban la villa de Medina del Campo, capturando al propio Juan II. Por esas fechas moría la reina Blanca de Navarra, dejando a su marido en el testamento un título, el de rey, que en derecho correspondía al hijo primogénito del matrimonio, es decir, al príncipe de Viana. Poco después, don Juan acordaba tomar en matrimonio a Juana Enríquez, hija del poderoso almirante de Castilla Fadrique Enríquez, una de las figuras más respetadas de la Li-

ga nobiliaria y dueño de inmensas posesiones territoriales. Culminaba así su trayectoria: rey de Navarra, lugarteniente de Aragón y árbitro del poder en Castilla.

Pero en los años siguientes comenzaría a torcerse esta envidiable situación. Diversos reveses sufridos en Castilla llevaron a don Juan a instalarse en 1450 en Navarra, reino del que era gobernador general su hijo Carlos, príncipe de Viana, desde nueve años atrás. Las malas relaciones entre padre e hijo, que ya se arrastraban desde la muerte de la reina Blanca por las polémicas cláusulas de su testamento, se habían deteriorado aún más a raíz del segundo matrimonio del rey, que se acordó mientras aún estaba vigente el periodo de luto. Las disputas desembocaron en un conflicto abierto por el gobierno de Navarra. Carlos ligó su suerte al partido nobiliario de los beamonteses, mientras iniciaba conversaciones en Castilla con el gran rival de su padre, don Álvaro de Luna. Don Juan, por su parte, buscó apoyos en el partido de los agramonteses. En 1451, un ejército castellano invadió Navarra con la anuencia del príncipe de Viana. El asedio que sufrió Juana Enríquez en Estella se salvó con la victoria de las tropas del rey en Áibar, batalla en la que cayó prisionero el propio Carlos. Como el peligro aún no había pasado, don Juan recomendó a la reina, que estaba embarazada, abandonar las inciertas tierras navarras y dirigirse a Aragón para dar allí a luz. De este modo, el 10 de marzo de 1452, hacia el mediodía, venía al mundo en la villa aragonesa de Sos un nuevo infante real. Nació sin pompa ni festejos, en una modesta estancia del palacio de Sada, lejos de su padre, que seguía atareado con la campaña navarra. No sería bautizado hasta casi un año después, con el nombre de Fernando, en recuerdo de su abuelo, el primer rey Trastámara de Aragón. El regio pasado que venía a rememorar sería una premonición de su propio futuro, aun cuando al nacer sólo ostentase el título de infante aragonés.

El nacimiento de un hijo varón de Juan de Navarra enturbió aún más las relaciones entre este y su primogénito, el príncipe de Viana. El bautizo del infante Fernando permitió, sin embargo, una breve reconciliación, prolongada gracias a la muerte sucesiva de Álvaro de Luna y Juan II de Castilla, lo que venía a mejorar la posición de don Juan. El nuevo monarca, Enrique IV, que a la sazón era su yerno, mantenía buenas relaciones con él, y eso podría permitirle retomar sus intereses castellanos. Además, en 1454 aceptaba la lugartenencia de Cataluña, antesala del acceso al trono de Aragón. Pero en medio de esta buena racha se situaba, una y otra vez, su hijo Carlos, por el que no sentía ningún cariño y que, paradójicamente, estaba llamado a sucederle en todos sus Estados. Hasta en los intereses castellanos, pues también gozaba del aprecio de Enrique IV e incluso se había tratado la posibilidad de que el príncipe de Viana casase con Isabel, la hermana menor del rey de Castilla. De este modo, la unión de las tres Coronas a la que estaba llamado Fernando podría haberse realizado años antes, y en distinta cabeza.

El orgulloso lugarteniente aragonés no habría de transigir con esta situación. La tregua entre padre e hijo se rompió cuando la guerra volvió a tomar su curso en Navarra y el rey, harto de las infidelidades del príncipe de Viana, decidió privarle de sus derechos al trono de la monarquía pirenaica, en favor de su hermana menor, Leonor. Como señaló hace ya tiempo Vicens Vives, desde fines de 1455 la suerte de Carlos estaba echada. Porque don Juan, que le había desposeído de una Corona que ni siquiera era suya en pureza, bien podía dejarle sin la otra, la de Aragón, máxime cuando ahora disponía del as que le había faltado hasta entonces: otro hijo varón que enfrentar al díscolo primogénito.

Los biógrafos de Fernando el Católico han destacado el diferente trato que Juan II dispensó a sus dos hijos. Los enfrentamientos con Carlos, el mayor, menudearon desde la

primera juventud de este y se consolidaron en una enemistad abierta al morir la reina Blanca, la única que podía mediar entre ambos. Eran dos tipos humanos bien distintos: de carácter sensible e indeciso, el príncipe prefería la dedicación al mundo de las letras antes que a las tareas de gobierno; la pequeña corte que le seguía era un cenáculo de poetas, eruditos y músicos, y su propia obra literaria es más que notable. Nada que ver, pues, con el temple frío y pugnaz de su padre, siempre embebido en los asuntos de Estado e incapaz de distraerse con nada que le alejara por un momento de sus planes de gobierno. Defraudadas las esperanzas que había puesto en el primogénito, don Juan derramó toda la ternura y la benevolencia posibles en Fernando, el infante que alentaba una vida, la suya, por entonces en tránsito hacia la vejez.

Pero el príncipe de Viana no había de aceptar los designios de su padre con resignación. Volvió a ser derrotado en el campo de batalla, en Estella, y se vio obligado a exatriarse. Le quedaba el recurso a su tío, Alfonso V, el rey de Aragón. Acudió, pues, a Nápoles, y consiguió que el Magnánimo intercediera ante su hermano Juan para obtener el perdón anhelado. Mas la temprana muerte de Alfonso volvió a dejar las cosas en un punto muerto. El 25 de julio de 1458, Juan II prestaba el juramento real en Zaragoza; ese mismo día, su hijo Fernando recibía los títulos de duque de Montblanch, conde de Ribagorza y señor de Balaguer, tradicionalmente ligados a la sucesión a la Corona. Poco después, obtenía del gran senescal de Sicilia la donación del condado de Augusta. Las intenciones del nuevo rey no podían ser más claras; incluso en septiembre de 1459 sondeó entre sus Estados la posibilidad de proclamar a Fernando como sucesor al trono —la respuesta fue, claro, negativa—. El príncipe de Viana trató de conjurar la amenaza entonando el *mea culpa* y aproximando posiciones con su padre. Por fin, en enero de 1460, ambos alcanzaban un principio de acuerdo, y pocos meses después se reencontraban. Pe-

ro ni uno ni otro eran sinceros. Don Juan no accedía a reconocer a Carlos como heredero en Aragón, y presionaba al rey de Castilla, Enrique IV, para cerrar el acuerdo matrimonial que habría de unir a su hermana menor, Isabel, con Fernando. Sin embargo, el monarca castellano negociaba a escondidas con el príncipe de Viana, al que ofrecía la mano de Isabel y el apoyo de la Corona en las negociaciones con su padre. Este, advertido por el almirante Enríquez de que se fraguaba un complot para asesinarle, dio orden de detener al príncipe Carlos, que se hallaba con él en Lérida, y conducirlo a prisión. Eran los últimos días de 1460, y empezaba a gestarse un drama que arruinaría a Cataluña, desafiaría la enorme tenacidad de Juan II y pondría en escena a Fernando de Aragón, ya convertido en príncipe heredero.

Para entender mejor el escenario en que se moverán unos y otros es necesario reparar en la situación en que se encontraba la Cataluña del siglo xv. Como ha señalado Belenguier Cebrià, el panorama no era idílico. La derrota del candidato catalán en el Compromiso de Caspe, Jaime de Urgel, fue un síntoma de la debilidad y la desunión del Principado desde mediados de la centuria anterior. La crisis era general, pues afectaba a todos los sectores de la vida catalana: social, político, económico y hasta cultural. En el plano social, la querella era doble. Por un lado, la que enfrentaba en la capital, Barcelona, al patriciado tradicional, conservador —la llamada *mà major*—, con un grupo emergente integrado por menestrales miembros de los gremios, pequeños comerciantes y profesionales liberales. Cada grupo constituyó su partido de cara a la contienda política: se trataba de la Biga y la Busca, que pugnaban por el dominio del municipio barcelonés, *cap i casal* del Principado. Pero también en el medio rural ardía el conflicto entre los campesinos o payeses de remensa, sometidos a servidumbre, y los señores, la rancia nobleza terrateniente catalana. Aquellos buscaban suprimir la servidumbre desde fines del siglo xiv, y estos no solo no cedían, sino que además querían